



CUANDO LA NOCHE TE ALCANZA

Juan Manuel Hernández



Ediciones Tolstoievski





© Juan Manuel Hernández, 2017

© Ediciones Tolstoievski, 2017

C/ Jerusalén, 14, ático

03001 Alicante

www.tolstoievski.com // hola@tolstoievski.com

Primera edición: abril 2017

Maquetación: Verónica Díez Arias

Imprenta: ByPrint

BIC: FA

ISBN: 978-84-945089-2-9

Depósito legal: A-194-2017





Para María, Adrián y Juan Pedro.

Para mis padres.







CUANDO LA NOCHE TE ALCANZA







Prólogo

En el *Ocaso del pensamiento* de Emil Cioran puede leerse: «Existen dos clases de filósofos: los que meditan sobre las ideas y los que lo hacen sobre ellos mismos. La diferencia entre el silogismo y la desdicha». Juan Manuel Hernández, para su suerte e infortunio, acompaña a los segundos.

Cuando la noche te alcanza es el momento en el que observador de la ciudad y de sí mismo se entrega al ejercicio de rememorar la experiencia vivida y convertirla en literatura. Escribir aforismos es una tarea propia de diletantes. Jamás dominará esta disciplina quien no pueda mirar con detenimiento, quien no sepa escribir sin prisas. La noche es su momento. Nos hallamos, pues, ante un texto introspectivo; la obra de un solitario que busca refugio en la intimidad de su pensamiento. Pero también es un libro que, a fuerza de indagar en las sensaciones y en los sentimientos personales, conecta con una vía de comunión universal.

«¿Cómo puede ser que todos aquellos que nos sentimos condenados a pensar, que sufrimos del vicio sobrevenido de la lucidez, desemboquemos en parecidas conclusiones?», se pregunta el autor en uno de sus fragmentos. Hernández aborda en este libro temas comunes a una larga tradición de escritores de fragmentos y de aforismos: el tiempo, la fugacidad del amor, el horizonte del cementerio que delimita nuestra naturaleza efímera; la soledad y la melancolía con las que afrontamos la precariedad del ser humano; y, cómo no, la música en la que encontramos el consuelo. Además, Juan Manuel Hernández comparte con la saga de los pensadores nocturnos la convicción





de que en el fondo del pensamiento nos aguarda la fatalidad. La lucidez es un regalo envenenado, pues, si bien en un primer momento nos proporciona la sensación de comprenderlo todo, enseguida nos descubre que comprenderlo todo es una desgracia. Pensar sin concesiones no lleva a la felicidad, ni siquiera a la sabiduría; tan sólo —y no siempre— al orgullo personal de permanecer despierto y no auto-engañarse.

Cuando la noche te alcanza remite al pensamiento nocturno y a la desilusionada visión de la existencia que comparten filósofos como Schopenhauer o Cioran. Discapitado para la felicidad, como lo han sido tantos pesimistas y misántropos, Juan Manuel Hernández escribe para aliviarse; o dicho con sus propias palabras, *para no asfixiarse*. Muchos de sus fragmentos surgen del hastío y de la perplejidad. Diríase que la existencia le produce cansancio; y asombro la constante renovación de la vida. A sus ojos todo resulta cuestionable, ya sea una esencia metafísica o una nimiedad cotidiana; da igual que se trate de la religión, de la cosa pública o de la profesión política. Bajo su mirada taciturna y desencantada desfilan tanto las taras de la contemporaneidad (el consumo, las prisas) como las taras de siempre (el gregarismo, el señuelo de la patria). Cierto es que tampoco escapan las taras propias del ego (la vanidad, la charlatanería, la incapacidad para la felicidad). En sus frecuentes ajustes de cuentas se adivina alguien que sabe odiar y despreciar; pero también descubrimos en distintos pasajes que la presencia de sus hijos le redime para la vida; y que el recuerdo de su gente ausente —cuya pérdida lamenta haber llorado *demasiado poco*— le humaniza. De este modo, la apertura a la ternura —esa peculiar ternura que albergan los cascarrabias— y unas gotas de sensualidad son los antídotos que evitan que este desengañado de la condición humana naufrague por completo en el sin sentir y en el sin sentido.





Por otro lado, la constante presencia de la ciudad en este libro me recuerda los escritos cosmopolitas de Baudelaire, aunque en esta ocasión nos encontremos con un *flâneur* crítico con la ciudad y reñido con su zafiedad cotidiana. En este libro, Juan Manuel Hernández deambula por las calles de la ciudad y penetra en la opacidad de los lugares comunes para iluminar el otro lado de las cosas. Como buen amante de la fotografía, nuestro paseante destaca en el arte de captar y retratar los instantes. Así nos descubre sucesos anónimos y pequeños incidentes a los que, posteriormente, su escritura dota —o devuelve— un significado pleno. A menudo, se adentra en la ciudad paralela e invisible; y se detiene ante aquellos que han descarrilado en las cunetas de la sociedad, en los fracasados, en los vagabundos devastados por la vida. Ante ellos agudiza la mirada y se convierte en un observador de los paisajes humanos, en un geógrafo de los rostros, en un radiólogo del alma de aquellos con los que se cruza. Su juicio siempre resulta punzante, pero en el fondo no puede dejar de convivir con la conmisericordia, que es la forma con la que los solitarios experimentan la comunidad en la desgracia.

En suma, se trata de un libro sincero en el que no se escucha el tono oracular y sentencioso de los moralistas y de los creadores de máximas, sino que se aprecia la franqueza de una conciencia nocturna que muestra sus dudas y sus reservas sobre el mundo y sobre sí mismo: ¿Lúcido, *bocazas infatigable*, o ambas cosas?

Cuando la noche te alcanza es el momento y el lugar en el que podemos asistir al striptease de un misántropo que *mendiga la caricia*.

Joan M. Marín.







1

Heinrich Schütz
O bone Jesu, fili Mariae, SWV 471
Siglo XVII

La vida es, casi sin excepción, un enorme y sofisticado estorbo para la música.



Tras el fragor de las mentiras del día, después de su deslumbrante frivolidad, de su estridencia, de sus huecas promesas y sus menudencias miserables, la noche acude por fin a saciar nuestra sed de dudas con su vaso de agua fresca.

Cuando todas las risas se han disuelto en la lejanía y la calle vuelve a dormir, muda, indiferente, tan sólo transitada por un tiempo puro y descarnado, entonces el mundo descansa, descansa como una hoguera extinguida.



La gran ciudad reposa cubierta por un áspero manto de tizne, inmersa en un aire oscuro que contamina mis venas. La gran ciudad, una farsa colosal y torcida, protagonizada por un río de muertos que se atarean en la pose de vivir, en la mentira del día. La gran ciudad, un accidente previsible de la prisa, un gran nudo de hollín y ruido en la calma indolente del tiempo.





Aún no ha amanecido y ya ando seguro de que, entre todas mis facultades, la última que habré de perder es la de engañarme a mí mismo.

Cuando agarramos una pluma tenemos que asumir el riesgo de convertirnos en la mutación parlanchina y cancerosa de un ser humano, en un montón de palabras que uno, trastornado, escribe sobre sí mismo.



Comprender algo es sobrepasarlo, moverte a un lugar más allá de ese trozo de vida al que nunca volverás a tener acceso directo y feliz. A partir de ese instante, el hecho, el objeto, la persona que antes nos cautivaba con su sorpresa y su misterio se convierte en una página más de nuestra historia, en un incidente más de nuestro pasado, en otra fría razón para nuestras decisiones.



La fascinación de la masa viene escrita en nuestros genes. Esa propensión a formar muchedumbres, o como poco a fundirnos con ellas, nunca dejará de ser uno de nuestros más persistentes instintos. De ahí que se requiera un esfuerzo intelectual inhumano, una irritación casi patológica contra nuestros congéneres para no sucumbir del todo a la masa.



De madrugada, cuando la avenida que separa el parque de mi casa permanece desierta, da la impresión de que se hace el





silencio en la ciudad. Pero basta aplicar un poco más el oído para percibir un rumor de fondo, un estruendo lejanísimo y rítmico que es como si la tierra se lamentase por el mundo, por la tranquilidad irremisiblemente perdida.



No sé por qué me cuesta tanto admitir que ya nunca podré asistir al estreno del concierto *Emperador* de Beethoven, que nunca podré dar un abrazo a Bulgákov, que nunca tendré la ocasión de ver la mano de Jiménez Aranda deslizando el pincel sobre el lienzo.



Nada me salva hoy del alcoholismo tanto como mi labilidad neurovegetativa, como esa escasa resistencia al dolor y a la náusea, como esos jirones residuales de lo que fue mi instinto de supervivencia.





Nada es verdad ni mentira, y nuestra incapacidad para reconocerlo nos permite salir de la cama cada mañana.



Sólo puede ayudar al prójimo aquel que se niega a compadecer, el que conserva la fuerza y con ella levanta al caído. En el fondo la compasión no favorece al compadecido, sólo rebaja y debilita al compasivo, creando el escenario perfecto para el reinado de Dios.



La civilización actual trata afanosa de cincelar los sentimientos de sus criaturas, de remover cualquier inquietud que las obligue a preguntar, a preguntarse. Los mensajes públicos suelen ser respuestas pretendidamente definitivas a preguntas que nadie hizo, y sin el vigor y el arresto de la duda, de la verdadera interrogación, muy pronto nadie buscará sentimientos fuera de los grandes almacenes y los estadios.



Todos nos debatimos, incansables, entre el terciopelo de la ternura y la hoja afilada de la maldad. Sin embargo, en ninguno de ellos nos detenemos por mucho tiempo, porque la ética no es esencia sino laberinto, un movimiento caótico más que una estática obstinación.

Pero hay una cualidad que siempre permanece a nuestro alrededor, algo que nunca deja de condicionar nuestros días, un





ideal que, generación tras generación, encuentra un abrumador número de individuos decididos a servirlo y a enarbolar con orgullo su bandera: la estupidez.



No es en la muerte sino en la vida donde habitan todos los misterios.



El día, con sus fulgores y sus verdades postizas, llega para apropiarse de todo, revolviéndose ante el peligro de ser contaminado con nuestras *fábulas* nocturnas. El día, esa selva de relojes, acaba siempre por convencernos de que con la oscuridad llega el extravío, de que en la noche nuestros rasgos no están definidos, que se confunden con las fragancias y los rumores de la sombra. El día, con sus deslumbres, gruñe porque en la noche nuestras figuras dejan de ser catalogables, porque nuestra piel se desvanece entre farolas y ventanas insomnes.

Ante estos luminosos argumentos nos rendimos al sol y atisbamos la noche como un reino de cansancio, como un suburbio fantasmal, como el destilado triste de nuestras flaquezas. La noche: el azogue donde, sin previo aviso, nos encontramos con nosotros mismos.



Diluvia. El agua se derrama con violencia, con saña casi humana, golpeando al mundo con su derrumbe húmedo y blando. Un viento vivo azota los anchos corredores de la universidad y salpica a la muchedumbre, una multitud ociosa,

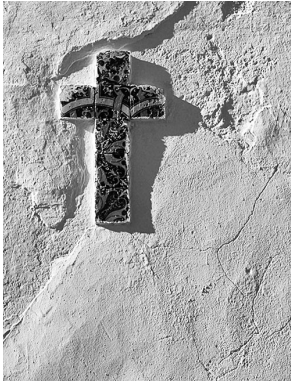




joven, rebotante de fútil e inocente luz. El poder fatal de los elementos se impone a la ilusoria fuerza de los hombres, que como animalitos han de guarecerse de la inexorable poesía natural.



No cabe decir lo mismo de las consecuencias, pero el mecanismo psicológico por el que alguien se ciñe un cinturón de explosivos, muriendo y matando en nombre de una religión, es el mismo por el que otros se encierran en vida en un convento, o asisten a esa bufonada relamida y pretenciosa que es una misa.



Larga reunión de trabajo, discusión de problemas trascendentales. Ajedrez cotidiano y seriedad. Una interminable jornada de desierto y al final el agua fresca de mis hijos, con su sencillez endiablada y reparadora.





Observo desde el coche el portentoso castillo de Bélmez, como modelado por la lava de un volcán; el de Almorchón, que con su emplazamiento ideal y su figura estilizada vigila el camino; el de Benquerencia de la Serena, incrustado en la pared de la sierra y dominando un paisaje infinito.

Fantaseo con unos imposibles activistas sociales que, en aquellos tiempos en que se alzaron los castillos, se quejaron por el destrozo ambiental de tales obras, por el uso de la riqueza para la guerra y la violencia, jaleados por la maleable turba de los buenos.

Hoy todos nos extasiamos ante estas bellas obras de ingeniería, fortalezas que, como enormes desafíos al destino, se elevan por todos los rincones del mundo; y con facilidad olvidamos los excesos y arbitrariedades que se cometieron en su construcción. Otra de las habilidades del tiempo: su capacidad para transformar la hipocresía en virtud.



He de admitir que me agradan mis ojos cuando derraman lágrimas. Son momentos pasajeros de frivolidad, de sugestiva amnesia. Por un instante noto el insensato deseo de paladear los manjares que trae el destino, de dejar de quejarme de esta luz que envuelve, sin nombres ni motivos, mi cuerpo corroído por la derrota.



En lo *posible* hallamos la locura, lo incógnito, el desastre o el paraíso, pero nunca lo anodino, lo corriente, lo insignificante.





Cuando nos habituamos a una sorpresa ésta se torna mediocre porque el hábito la despoja de su fuerza milagrosa, porque la sume en lo prescrito.

Lo posible es una constante promesa de asombro, un viaje siempre pendiente, una oportunidad que sólo podemos desperdiciar entre dudas y arrepentimiento, entre lamentos insertibles. Sí, Maquiavelo tenía razón, es mejor arrepentirse de lo que se hace que de lo que no se hace.

¡Cuántas veces se prefigura lo posible ante nosotros y lo dejamos pasar, sin considerar que tal vez sea nuestra última puerta a lo imposible!





2

Stevie Ray Vaughan
Riviera Paradise
In Step, 1989

Una ciudad que se cierra voluntariamente al mar sólo puede albergar un alma apagada, inútil. A Edimburgo se le nota demasiado su insubstancialidad, su patrón turístico. Sostenida en una suma de edificios de piedra oscura, en un callejero de tiempo sin misterio, la ciudad, en su indigencia, se aferra a los pálidos rescoldos de sus novelistas y criminales.

Sin apenas librerías, entre centros de apuestas y bancos, se esparce por sus calles un número infinito de pequeños comercios. Sólo los asiáticos que los regentan salvaguardan la reconocida amabilidad escocesa.

Edimburgo: su decadencia carece de encanto, porque no es una decadencia real, sino la incorporación de un lugar otrora decadente, interesante, a una modernidad frenética y ruidosa, a la vacación, al servicio del nuevo ciudadano consumidor y apresurado. Edimburgo, una ciudad de hermosura plana, sin contraste ni profundidad.



Perdemos a nuestros semejantes como perdimos aquellos viejos tebeos, como desaparecieron los juguetes que un día dejamos de necesitar, como aquellos tesoros de nuestro pasado cuyo brillo se fue apagando bajo la pátina polvorienta del tiem-





po: un rincón, un mueble, una ventana, un aroma, una carta... Sin embargo, conforme se acerca nuestra marcha, las despedidas se nos hacen cada vez menos dolorosas.



Una cigüeña planea con parsimonia sobre el desbarajuste de la ciudad, sobre esa suma de prisas, sobre ese rumor de pretenciosa banalidad que borra hasta la última huella del silencio. Apenas quedan trazas de la efímera claridad de la primavera, y la ciudad se hunde con paso firme en el deslumbramiento del verano, en la eternidad de sus días y en sus cegadores destellos.

Ahí, en medio de la calle, como añorante de mar, la jacaranda extiende a su alrededor un manto malva, triste por no saber inundar el mundo. Humilde, la jacaranda se alinea obediente en las avenidas, y su alfombra hipnotiza, acoge, apacigua los pasos de los viajeros dormidos, esos seres apresurados que no van a ninguna parte.

Otras veces se hospeda en los cementerios, o en los jardines palaciegos. Allí, en el jardín del Alcázar, las jacarandas serenas, privilegiadas, conjuntan con esmero el amarillo albero y el verde nuevo del vergel, dando color a un oasis donde el bullicio no osa entrar. Allí, entre ginkgos y naranjos, suspiran las jacarandas por el sosiego de la humanidad.



Cuando camino mi cabeza siempre acaba mirando al suelo. Cada vez me cuesta más mirar al frente...

